

Así pues; gorra, zapato, fusil, etc., son sustantivos porque pueden tocarse. Pongamos un ejemplo: *La paja se quema.*

A ver tú, ¿cuál de estas palabras es el sustantivo?

El soldado no sabe qué contestar.

—¡Torpe!... el sustantivo es *paja*.

—Pero, mi teniente, si se está quemando... ¿quién es capaz de tocarla?

Histórico.

Hacía poco que se había muerto la madre de Lagartijo.

Este tenía en la plaza á un banderillero que no brillaba por su arrojo.

Lagartijo lo animaba, pero el toro era muy bravo y el banderillero no se atrevía á ponerle el par que le correspondía.

Por fin, ya incomodado Lagartijo, le grita en alta voz.

—¡Pon esas banderillas inmediatamente!

Y el banderillero se decide á arrostrar el peligro, diciendo con voz compungida:

—¡Señor Rafael!.. ¿Quiere usted algo para su madre?

X.

LOS POBRES

GENERALMENTE llamamos pobres á los que tienen pocas necesidades. Los pobres son los que no pueden satisfacerlas.

Cuando mayor es el déficit, mayor es la pobreza; de manera que los pobres más pobres se encuentran entre los ricos.

Hay pobres de cuatro reales diarios, de diez reales, de veinte, de doscientos, de mil, etc., etc.. Hay algunos pobres que gastan coche.

Podemos enriquecernos de dos maneras: disminuyendo nuestras necesidades y aumentando los ingresos.

En el primer caso adquirimos un capital que no perderemos jamás, suceda lo que suceda. En el segundo caso no *somos* ricos, lo *estamos*.

Un escritor moderno ha dicho, que el hombre para ser *hombre* debe plantar un árbol, escribir un libro y educar un hijo.

Para ser *hombre*, es preciso haber sido pobre algun tiempo.

UN ANCIANO.

CERCA

ANSIA del alma que indecisa y vaga
corres en pos de una esperanza eterna,
ata las alas que te alejan, vive
cerca, muy cerca.

En vano en astros y horizontes buscas
la inmensidad que delirante anhelas;
la verdadera inmensidad existe
cerca, muy cerca.

¡No ves la dicha y en tí misma late!
la vanidad y la ambición te ciegan;
ama, sé buena, y hallarás tu centro
cerca, muy cerca.

J. M. F.

MOSCOU Y EL KREMLIM

IMAGINAD una vasta llanura de color gris, apenas interrumpida por tal cual ligera ondulación del terreno y por algun que otro grupo de árboles raquíticos, tomando el aspecto á cierta distancia de las aguas de un mar salobre. Súbitamente, de en medio de aquella soledad triste y desierta, surge antes vuestros ojos una ciudad fantástica. Dominando las cosas de poca altura, elévanse varias torres pintadas de vistosos colores, de agudas flechas, de millares de cúpulas doradas...

¡Moscou posee mil quinientas iglesias!

La singular forma de esos edificios comunica á la ciudad un aspecto extraordinario.

Según el estilo ortodoxo, la parte alta de toda iglesia se compone de muchas torres, cinco por lo menos. Tienen formas diferentes y altura desigual, siendo el campanario del centro un piso más alto que los otros cuatro.

Las cumbres de esas piadosas construcciones se parecen mucho á un gorro puntiagudo, y están pintadas de color verde ó doradas. Algunas veces tienen la forma de una pequeña cúpula á manera de bola, que termina por una flecha dorada.

Estas mil quinientas iglesias con cinco torres cada una adornan la ciudad santa, con siete mil quinientas torres que se elevan vistosas y doradas en el azul del firmamento.

Los techos de dichos monumentos están cuidadosamente trabajados, unos con caprichosas labores de relieve y otros esmaltados.

El oro, la plata y el esmalte destácanse en el azul de la atmósfera y en el tinte gris de la llanura que rodea á Moscou.

En invierno, cuando la nieve cubre el suelo y los tejados de las casas, aquellos vistosos colores reslatan aún más brillantemente en medio de la deslumbrante blancura.

El aspecto es original y raro.

Moscú no se parece á ninguna otra ciudad, sus casas son de poca altura, sus plazas recuerdan algo de la *estepa*, y en el recinto, que es inmenso, se encierran lagos, bosques y ríos. Para ir de un punto á otro hay que emprender un largo viaje.

Antes de llegar á la ciudad se encuentra el castillo de Petrowski, pesado, maciso, construido con ladrillo rojo y sobrecargado de ornamentaciones blancas que le dan un aspecto raro. Catalina II lo hizo construir, acomodándose solo á las reglas de su fantasía.

En vano el parque de ese castillo viene á ser el paseo predilecto de los moscovitas: allí el pueblo se divierte, y una sala de baile construida en el jardín, sirve de punto de reunión á la juventud alegre y bulliciosa.

Las casas particulares de Moscú son feas y están construidas sin arte y sin gusto. Los rusos tienen la creencia, demasiado generalizada, de que hacer una cosa extensa es hacerla grande.

La contemplación del Kremlin produce un escalofrío de espanto. El Kremlin es en realidad una fortaleza, pero una fortaleza que contiene en su recinto palacios é iglesias, museos, torres y muchas otras cosas; pero todo aquel conjunto es pesado, sombrío, pobre de líneas y sorprendente al mismo tiempo.

A la entrada de la fortaleza se encuentra la catedral de San Basilio, *Vassili Blagenoi*, que pasa por el monumento más hermoso de Rusia.

¡Qué fantástica aglomeración de torres desiguales, de agujas cuyas pinturas recuerdan la piel del tigre, de cúpulas de todas dimensiones, de campanarios de todas formas, de techos verdes, azules, amarillos, perfectamente barnizados y en extremo relucientes!

La impresión causada por el Kremlin se asemeja á la que produce el arco iris y hay que cerrar de vez en cuando los ojos, porque aquellos vistosos colores llegan á fatigar la vista.

Tanto brillo parece indicar una sala de espectáculos, de juego y de baile, mas bien que un templo consagrado á la plegaria y al recogimiento.

La ciudadela, esto es, el Kremlin, propiamente dicho, es un monstruo negro, colosal, inmenso, levantado por la autocracia para sepultar allí á sus innumerables víctimas.

El Kremlin es el pasado irguiéndose sombrío y amenazador ante el porvenir, la barbarie desafiando á la civilización. Domina á Moscú y está edificado sobre una colina.

Constituye una masa de piedras negras que ascienden en forma de gradas, como para desafiar al mismo cielo. Estas gradas siguen las sinuosidades del terreno, y cuando la pendiente del co-

llado es rápida, el baluarte desciende en forma de escaleras. Los escalones son enormes. Lo indicado constituye la primera línea de construcción, y está cortada por torres macizas, fantásticas, colosales. Una de estas torres se halla erizada de almenas, y sus blancas murallas se destacan sobre un muro rojo.

En la segunda línea hay bóvedas talladas en inmensas rocas, puentes, galerías suspendidas, galerías abiertas, pórticos, subterráneos y caminos aéreos suspendidos sobre masas de rocas, por donde pasan peatones y carruajes.

Una vez atrevesado el segundo recinto, se encuentra una serie de monumentos, todos ellos bellísimos y magestuosos. Hay allí mezclados palacios, museos, iglesias, calabozos y torreones, sujetos á un plan irregular, pero grandioso.

Los palacios son vastísimos, los calabozos subterráneos, húmedos y oscuros.

El Kremlin es la obra más colosal que ha fabricado la mano del hombre. No es una simple fortaleza, un palacio único; es una ciudad inmensa compuesta de palacios, de museos, de iglesias y de torres, redondas las unas, las otras cuadradas, coronadas todas por flechas agudas, atalayas, garitas, campanarios y minaretes.

Las cúpulas de los templos resplandecen cubiertas de láminas doradas, los muros son anchos de cuatro metros, negruzcos y perforados con saeteras; un sólido baluarte envuelve esta segunda ciudad que, dentro de Moscú, representa la autocracia imponiéndose por medio del terror, pero temblando á su vez de miedo al solo pensamiento de que las víctimas, al fin cansadas, le demanden estrecha cuenta de sus crímenes.

Así y todo, domina la verdadera ciudad y parece dispuesta á anonadarla al menor conato de rebeldía.

Al presente, extiéndense varios jardines públicos por el glacis de la antigua ciudadela, y los rusos, obligados por Pedro I á adoptar las costumbres y los trajes europeos, toman helados y se pasean meditabundos en torno del castillo de los Ivanos.

Hay una cosa en el Kremlin que merece una visita especial: el Tesoro. Con él se envanecen, y tienen razón sobrada los moscovitas, pues no hay en Europa nada que se le parezca. Viene á ser una crónica escrita en piedras preciosas, de la propia suerte que el Foro Romano es una historia tallada en granito.

Hállase instalado en un palacio de pequeñas dimensiones, de construcción moderna, relativamente hablando, y adornado con frontones griegos y columnas corintias. Dos dragones esculpidos por artistas muy mediocres, guardan las puertas.

En las numerosas salas de este palacio están alineados á lo largo de los muros los tronos, centros, diademas y demás atributos de la soberanía. La corona llevada de Constantinopla á Monomach en 1116, es una obra maestra de orfebrería bizantina. Al lado de ella figuran la imperial, y á modo de satélites las de Astrakan, Georgia, Polonia y Siberia, todas salpicadas de magníficas é innumerables piedras preciosas. Es aquello un verdadero deslumbramiento.

En otros salones, admírase una soberbia colección de armas ofensivas y defensivas, vasos cincelados por los mejores artistas y multitud de obras maestras, debidas á los cinceles rusos que siempre fueron especiales para labrar la plata y el oro.

Con las riquezas allí acumuladas habría, en una palabra, más de lo necesario para cubrir el presupuesto y pagar la deuda del imperio; pero el autócrata no está ni estará nunca dispuesto á tamaño sacrificio.

El Kremlin tiene una especie de anejo, denominado el Kitaigorod, inmenso bazar que por sí solo constituye un pueblo con calles sombrías y abovedadas, galerías, laberintos y plazas por donde discurre un mundo de compradores y vendedores al abrigo de la temperie.

Este cuartel es, sin disputa, una de las mayores curiosidades de Moscou. A cada paso vense iglesias, ermitas é imágenes de santos pintadas en las paredes, tal, por ejemplo, la de la virgen de Vielski, muy venerada y famosa entre los moscovitas. Nadie pasa ante ella sin hacer veinte veces la señal de la cruz, y la mayor parte de los transeuntes se prosternan, golpeando con la frente el suelo cenagoso.

Adviértase que el Kremlin, á pesar de todo lo dicho y de ser tan sagrado y tan grandioso, fué profanado por Alejandro I y por Nicolás, los cuales erigieron dentro de él un palacio moderno, y á pretexto de regularizar la fachada, abrieron ridículas ventanas y jabelgaron de cal venerandos muros.

N.

FLORES Y ESTRELLAS

(IMITACIÓN DEL INGLÉS)

AL ver de Eva el delincuente olvido
Y el crimen de Caim, germen de horrores,
Un pacto hermoso en la piedad nacido
Formaron las estrellas y las flores.

Vencer la astucia del demonio ufano,
Velar el mundo en la azulada altura,
Guiar de nuevo el corazón humano
Con sus ojos de luz y de hermosura.

De un millón de pupilas los fulgores
Bien pueden vigilar, dijeron ellas:
Durante el día velarán las flores
Y durante la noche las estrellas.

Las flores velarán en llano y monte
Con sus ojos cuajados de rocío,
Hasta que el sol bajando al horizonte
Brille y se oculte en Occidente umbrío.

Mas ¡ay! la luz el mundo iluminando
Historias de maldad fué refiriendo,
Y unas van de pavor blancas tornando
Y otras van de vergüenza enrojando.

Y entre tanto descubren las estrellas
En la extensión que abarcan sus fulgores,
Del asesino y del traidor las huellas,
Las promesas de falsos amadores.

Ellas quieren cerrar sus tristes ojos
Pero en el vano esfuerzo que las guía
Las sorprenden del alba los sonrojos...
Y viven rutilando todavía.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA.

LA CONSTANCIA

I

SUSANA Á ROSALÍA.

Qué población tan sosa! Yo, acostumbrada á la encantadora vida de Madrid, venir de repente á P...! Gracias á Margarita,—que es digna de vivir en Madrid,—no me fastidió todas las horas del día.

Por la noche vamos á una tertulia en casa de una tal D.^a Teresa.

¡Qué tertulia, y qué tertulianos! ¡Cuando pienso en las reuniones á que asistimos en Madrid!

Me parece que no podré estar mucho en P... y que pronto volverás á abrazarme, á pesar del deseo que tienen Margarita y su mamá, de retenerme en su casa.

Susana.

SUSANA Á ROSALÍA.

P... 15 de Abril de 187...

Mi querida hermana: Estoy aprendiendo una canción hermosísima, que hará mucho efecto. Hoy por la mañana mientras estudiaba, Margarita, que me acompaña en el piano, me ha dicho:

—Siento que Víctor no te oiga cantar.

—¿Y quién es ese Víctor?

—Un jóven que tiene mucho talento y que cuando está en P... asiste á la reunión de casa de